

Humanización de la Estética en la Poesía

Alfredo Collado Martell

Lo objetivo y subjetivo aparecen como términos complementarios en la exposición de la belleza. Toda obra de arte, en su estructura o en su simbolismo, responde a una de estas dos visiones. El creador, ya poeta, ya músico o pintor, al expresar, por medio de la forma, en el lienzo, en palabras o en notas, la concordancia armónica de un motivo, belleza o fealdad, brinda, como el arco-iris, la luz precisa de sus colores o la intimidad de las sombras que ellos reflejan.

El artista matiza su pensamiento con tinte del corazón. Sin personalidad, no hay arte. La belleza es tan individual como el carácter. La sorpresa de un tono, la dulzura de una risa, o una palabra inesperada, ya son el centro de un poema, un cuadro o una serenata. Sentimiento acumulado es el talento creador. Sin sensibilidad, no es posible llegar al fondo puro de la estética.

El arte es emoción. Por eso, es humano.

Ahora bien, ¿la poesía, como expresión de arte, puede deshumanizarse? Entiendo que no. Las academias de literatura y de estética, como ciencia, sufren la limitación natural que es propia de lo subjetivo. Todo lo que por los sentidos pasa, y se hace espíritu, todo lo que para llegar a caracterizarse en la forma, recibe antes el roce puro de la sensibilidad, adquiere un sentido tan amplio, que escapa a la exactitud cronométrica. Y el esfuerzo de comprensión crítica que intenta catalogarlo, sólo alcanza a definir la apariencia de la forma, sin lograr discernir con exactitud, sobre la emotividad sonora que entraña su esencia.

Y es que cada obra de arte resulta una contienda entre lo objetivo y lo subjetivo. Estos dos términos, que aparentemente se complementan, sólo mantienen entre sí, una convencional simulación de afectos.

Por su carácter y por su especie, antagónicos, no escapan al espíritu observador que ahonda con rectitud.

Contienda tradicional es esta, que a poco hojear la historia, la encontramos en Grecia. Helo allí, en lo apolíneo y lo dionisiaco.

Dos obras maestras definen con claridad esta batalla. Y son ellas “EL ORIGEN DE LA TRAGEDIA”, de Federico Nietzsche, y “LAS DOS CARATULAS”, de Pablo de Saint Victor. Al leerlas y releerlas, el espíritu sereno, que se ha encariñado con la razón de toda tendencia y de todo movimiento, encuentra que en la actualidad, en la poesía contemporánea aún subsisten las dos expresiones: lo apolíneo y lo dionisiaco.

Lo apolíneo entraña el triunfo de la forma, la imposición del estilo, que a veces raya en la artificialidad; las bellezas clásicas de los contornos, al sujetarse extremosamente a las pautas legendarias, limitando la idea o el sentimiento al molde estatuido, crean la deshumanización, porque impersonalizan y al destruir la individualidad, ya con la escuela o el metro, contorsionan los surgimientos de belleza más puros, motivando, con su ajuste, el más craso de los maquinismos mentales. La literatura clásica y posclásica, en su generalidad, adolece de ese defecto. Sólo la salvan a ratos los Manrique, los Góngora y los Bécquer.

En el apretujamiento de los sonetos, las odas y las décimas, se impuso como término preciso, el latinismo de los Píndaros, los Horacios y los Virgilio. Y todo el afán ideológico de esos ciclos sólo tuvo por fin conseguir o igualar en la forma a aquellos excelsos espíritus, ya que toda aquella pléyade de ingenios se apiñaron en ese anhelo de tomar la misma ruta. De ahí, la metódica dureza, la áspera continuidad que es fundamentalmente característica en los Herrera, en los Argensola, en los Martínez de la Rosa, en los Moratín, en los Quintana y los Rivas.

Lo apolíneo dominó en estos insignes escritores como una obsesión. Fue la manía de su empeño ajustarse mejor a un mismo molde. Y por lo tanto deshumanizaron el sentimiento poético, la emoción, para estar dentro de la artificialidad de la moda.

En cambio, lo dionisiaco, en la desobediencia del estilo, por la expresión de la belleza, tuvo en nuestra literatura, un estigma de des-

precio impropio; se le relegó como producto de mal gusto. Manrique no recibe el elogio que merece, contra Góngora se lanzan anatemas, y a Bécquer se le considera un poeta para mujeres. El artificio triunfó sobre la naturalidad. Y la deshumanización ahogó las sensibilidades características en especiales individuos.

La escuela, los catedráticos, ajustaron la poesía a leyes invulnerables. Y se creó el Estado de la Literatura, con un negociado especial para la poética. Y como la ley sistematiza y nivela, el Imperio de la Real Academia recortó el vuelo de los sentimientos y ajustó la emoción a la dureza de cánones precisos. Todo el que atentó contra ellos fue proscrito. Y Bécquer murió en el desconocimiento, mientras Núñez de Arce era la gloria suprema de su época.

La deshumanización de la poesía estaba consumada.

Años de inseguridad fueron los que precedieron a la generación del 98. La ideología francesa se desbordaba por los Pirineos. Y como conquistadora audaz sitiaba el desespero hispano, proscrito y rebelde. Valle Inclán apostrofa y maldice, y los Machados apenas si gorjean, temerosos, quizá, de caer en entredichos. Pero al fin, con la libertad de América, se incorpora, sobre todos los cánones establecidos, el derecho a la libertad del individuo en todo el radio de su expresión. Y la poesía de nuevo se humanizó. Al sentimiento se le da la forma de expresión que le es precisa para su desarrollo. Y el grito de la juventud se hace una revelación renovadora. Resisten las leyes, pero triunfa el cisma.

Y sólo quedan en el atrincheramiento clásico Leopoldo Alas y Fray Candil (Bobadilla).

El renacimiento se impone. Y ante el avance arrollador, los clásicos quedan hechos reliquias. Sólo se retorna a ellos como a un asunto histórico.

¿Y cuál es el oriente contemporáneo? ¿Es la estética, en la poesía, sólo asunto de forma?

Afirmo que no. En la concepción humana de la belleza, en la poesía, la emoción es lo esencial, es lo fundamental. El verso que se contorsiona para ajustarse a moldes y cánones puede ser hermoso, pero nunca se eleva a la espiritualización de la pureza.

Sobre lo apolíneo, triunfa lo dionisiaco.

Lo subjetivo se impone a lo objetivo. Y la forma oriental de la espiritualidad crea el ideal de belleza contemporáneo.

¿Y quiénes lo sustentan en América? Dejemos a Darío y a Lugones, a Silva y Herrera. Estos grandes poetas no merecen todo el elogio. Hay otros cuatro maravillosamente sorprendentes por el humanismo de la belleza en su poesía. Y son Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral.

Positivamente el espíritu crítico se recoge piadoso, como ante un templo, cuando retorna a los versos de estas americanas. Son ellas las más sensibles y las más humanas de todas las creadoras de belleza que ha tenido nuestra raza. La misma Teresa de Jesús y la Gómez de Avellaneda se achican y ocultan ante la sincera emotividad artística que al humanizar la carne y el amor consiguen divinizarlo, hasta un grado de pureza tal, que los místicos desconocen.

Pero ¿es que no hay un misticismo excepcional en los poemas de estas cuatro poetisas? Sí que lo hay.

El misticismo solo no es el alma del canto religioso. El misticismo, en su reconcentración pura del sentimiento, no es otra cosa que esencia de emoción, humanismo sutilizado, perfume del alma derramado en el ánfora de un motivo. Cuando los sentidos se afinan hasta la más exquisita de las sensibilidades y las pasiones se hacen delicadas, el pensamiento como que se nimba por una aureola tan parda, que el mismo amor se trueca en ritmo, en armonía, en musicalidad, en verso. Y la posesión de lo amado deja de tener brutales instintos para suavizarse como el beso casto y levantar la cabeza a las regiones del nirvana.

El misticismo no es patrimonio de la religiosidad, como el erotismo no es sólo atributo del realismo. M. Nordau lo define con claridad en su "Psico-Fisiología del Genio y el Talento". En la adoración platónica se pueden sentir emociones tan carnales como realista puede ser la idealización de un amor imposible.

Yo no quiero que toda la obra de estas cuatro poetisas sea mística, pero niego rotundamente que sus libros sean inmorales.

El humanismo, en la belleza, no es impúdico. La emoción es siempre virtuosa. El derecho a la expresión sincera es tan legal como la santidad.

Pero, no es el misticismo el que me impulsa a escribir, en este momento, no, que es la defensa de cuatro mujeres, las que han hecho más por la humanización de la belleza en nuestra poesía, que todos los clásicos reunidos.

Alfonsina Storni, Delmina Agustini, Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral son las más grandes poetisas de nuestra lengua. En la virtuosidad de su concepción poética, se diviniza el amor hasta humanizarlo. ¡El amor!. Lo emocional es el amor, la sinceridad en la adoración, la pulcritud en la idealización, la serenidad en la amargura, y, sobre todo, la creación del arte por el dolor mismo.

Además, son ellas vanguardia en la revolución de la forma. La lanza de su visión artística ha quebrado el escudo clásico y tiránico de las academias. Y hasta han impuesto su criterio, porque han humanizado la estética.

He aquí cómo Delmira Agustini se revela:

La rima es el tirano empurpurado,
Es el estigma del esclavo, el grillo
Que acongoja la marcha de la idea.
No neguéis que es de oro. El Pensamiento
No se esclaviza a un vil cascabeleo.
Ha de ser libre de escalar las cumbres.
Entero como un dios, la crin revuelta,
La frente al sol, al viento. ¿Acaso importa
Que adorne el ala lo que oprime el vuelo?

Sí, seguro. La libertad del pensamiento poético en la exteriorización humana necesita y requiere una propia forma, precisa al motivo, en correlación con la armonía natural que atesora toda plenitud de emoción.

He aquí un ejemplo en “Peso ancestral”, de Alfonsina Storni:

Tú me dijiste: no lloró mi padre;
Tú me dijiste: no lloró mi abuelo;
No han llorado los hombres de mi raza,
Eran de acero.

Así diciendo te brotó una lágrima
Y me cayó en la boca... más veneno
Yo no he bebido nunca en otro vaso
Así pequeño.

Débil mujer, pobre mujer, que entiende
Dolor de siglos conocí al beberlo:
¡Oh, el alma soportar no pudo
Todo su peso.

Notad este otro poema de Juana de Ibarbourou:

Te doy mi alma desnuda
Como estatua a la cual ningún cendal escuda.
Desnuda con el puro impudor
De un fruto, de una estrella o de una flor;
De todas esas cosas que tienen la infinita
Serenidad de Eva, antes de ser maldita.
De todas esas cosas,
Frutos, astros, rosas,
Que no siente vergüenza del sexo sin celajes,
Y a quienes nadie osara fabricarles trajes;
¡Sin velos, como el cuerpo de una diosa serena
Que tuviera una intensa blancura de azucena!
¡Desnuda, y toda abierta de par en par
Por el ansia de amar.

Y finalmente, he aquí a Gabriela Mistral, a la mística chilena:

Tengo ha veinte años en la carne hundido
-Y es caliente el puñal-
Un verso enorme, un verso con cimera,
De pleamar.
De albergarlo sumisa, las entrañas
Cansa su majestad.

¿Con esta pobre boca que he mentido
Se ha de cantar?
Las palabras caducas de los hombres
No han el calor
De sus lenguas de fuego, de su viva
Tremolación.
Con un hijo, con cuajo de mi sangre
Se sustentaba él.
Y un hijo se bebió más sangre en seno
De una mujer.
¡Terrible don! ¡Socarradura larga
Que hace aullar!
El que vino a clavarle en mis entrañas
¡Tenga piedad!

Hasta aquí la pureza sensorial de estos ejemplos. El humanismo de la estética, en estas poetisas, es la muestra contundente de mi afirmación. A lo apolíneo, sustituye lo dionisiaco. Las poetisas citadas matizan sus pensamientos con tintes el corazón. Lo subjetivo domina como el canto del ave, es la virtud de la emoción. El casto impudor es ofrenda mística en el altar de Eros.

La concepción de la belleza poética, en el alma de estas mujeres, se intensifica por medio de la substancialización de la personalidad. Triunfa en su lira el humanismo. Y con su triunfo libertan la emoción.

La lira femenina americana se impone.

La humanización de la estética, en la poesía, es “*el oriente*”.¹

¹ Alfredo Collado Martell, “Humanización de la Estética en la Poesía”, *El Imparcial*, año XII, número 151, 23 de junio de 1929; p. 8.